

Luis XV frunció el ceño : un dolor que no había sentido hasta entonces atravesó como un hierro candente aquella frente helada por el egoísmo.

Meneó la cabeza, lanzó un suspiro y volvió á entrar en su habitación más sombrío y aterrado tal vez en aquel momento que lo había estado durante la noche.

XVIII

Las fiestas de la plaza de Luis XV

El día 30 de mayo, es decir, á los dos días de aquella noche espantosa; noche, como había dicho María Antonieta, llena de presagios y avisos, París celebró á su vez los festejos del casamiento de su rey futuro. En su consecuencia toda la población se dirigió hacia la plaza de Luis XV, donde debían quemarse los fuegos artificiales, ese complemento de toda gran solemnidad pública, que el parisiense toma burlándose, pero sin el cual no puede pasarse.

El sitio estaba bien escogido, pues hasta seiscientos mil espectadores podían circular cómodamente por él. Al rededor de la estatua ecuestre de Luis XV se habían dispuesto varios tablados circulares que permitían á todos los espectadores de la plaza ver los fuegos, que se elevaban de diez á doce pies desde el nivel del suelo.

Los parisienses llegaron, según su costumbre, en grupos, y buscaron largo tiempo las mejores posiciones, privilegio inatacable de los primeros que llegan.

Los niños encontraron árboles, los hombres graves recantones, las mujeres las barandillas de los fosos y los andamios móviles levantados al aire libre por los

especuladores gitanos que se encuentran en todas las fiestas de París, y á quienes una rica imaginación permite cambiar de especulación todos los días.

Hacia las siete se vió llegar con los primeros curiosos algunas partidas de arqueros.

El servicio de vigilancia se hizo por los guardias franceses, á quienes la municipalidad no quiso conceder la gratificación de mil escudos pedida por el coronel, mariscal duque de Birón.

Este regimiento era á la vez temido y amado por la población, que veía en cada individuo de este cuerpo un César y un Mandrín. Los guardias franceses, terribles en el campo de batalla, inexorables en el cumplimiento de sus funciones, gozaban en tiempo de paz y fuera de servicio de una espantosa reputación de bandidos; en la formación eran hermosos, valientes é intratables, y sus evoluciones agradaban á las mujeres é imponían á los maridos; pero libres de la consigna, diseminados como simples particulares entre la multitud, llegaban á ser el terror de aquellos mismos á quienes habían admirado la víspera, y perseguían á los que iban á proteger al día siguiente. Hallando, pues, la villa en sus antiguos resentimientos contra aquellos corredores de noche y aquellos abonados de garitos una razón para no dar los mil escudos á los guardias franceses, envió solo sus arqueros bajo el pretexto especioso de que en una fiesta de familia, semejante á la que se preparaba, debía bastar la guardia ordinaria.

Entonces se vió á los guardias franceses fuera de servicio mezclarse á los grupos de que hemos hablado, y tan licenciosos como severos, habían sabido causar en la multitud, en su cualidad de paisanos armados, todos los desórdenes que hubieran reprimido á culatazos y hasta con el arresto, si su jefe César Birón

hubiese tenido derecho para llamarlos soldados aquella noche.

Los gritos de las mujeres, los gruñidos de los paisanos y las quejas de los bollereros, cuyas tortas se comían gratis, preparaban un falso tumulto del que verdaderamente debía ocurrir cuando seiscientos mil curiosos se hallasen reunidos en aquella plaza, y animaban la escena de tal modo, que hacia las ocho de la noche presentaba la plaza de Luis XV un verdadero y vasto cuadro de Teniers.

Luego que los pillos parisienses, que son á un tiempo los más diligentes y los más perezosos del mundo conocido, se hubieron colocado ó izado, y el pueblo tomó posición, llegaron los coches de la nobleza y de los altos empleados.

Como no se había trazado de antemano ningún itinerario, desembocaron sin orden por la calle de la Magdalena y San Honorato, conduciendo á las casas nuevas á los que habían recibido invitaciones para las ventanas y balcones del gobernador, ventanas y balcones desde donde se podían ver los fuegos admirablemente.

Las gentes de coche que no habían sido convidadas dejaron sus carruajes en el recodo de la plaza y se mezclaron á pie, precedidas de sus lacayos, á la multitud apretada ya, pero que deja siempre sitio al que sabe conquistarlo.

Digna era de verse la sagacidad con que aquellos curiosos sabían ayudar en la oscuridad su marcha ambiciosa de cada desigualdad de terreno. La calle muy ancha, pero todavía sin acabar, que debía llamarse calle Real, estaba interrumpida aquí y allí por fosos profundos, en cuyo borde se habían amontonado escombros y tierra de la excavación. Cada una de aquellas pequeñas eminencias tenía su grupo seme-

jante á una ola más elevada en medio de aquel mar humano.

De vez en cuando, empujada la ola por las otras olas, se hundía entre las risas de la multitud, todavía no muy apretada para que hubiese peligro en semejantes caídas, y para que los que cayeran no pudiesen levantarse.

Á las ocho y media todas las miradas, divergentes hasta entonces, comenzaron á asestarse en la misma dirección, y se fijaron en el tablado de los fuegos artificiales. Entonces fué cuando los codos, jugando sin descanso, comenzaron á mantener seriamente la integridad de la posición del terreno contra los invasores que sin cesar se reproducían.

Aquellos fuegos de artificio, dispuestos por Ruggieri, estaban destinados á rivalizar, rivalidad que la tempestad de la antevíspera había hecho fácil; estaban destinados á rivalizar, decimos, con los fuegos ejecutados en Versalles por el ingeniero Torre. Sabíase en París que se habían aprovechado poco en Versalles de la liberalidad regia, que había concedido cincuenta mil libras para aquellos fuegos, puesto que desde los primeros cohetes los había apagado la lluvia, y como el tiempo estaba hermoso en la noche del 30 de mayo, los parisienses gozaban anticipadamente de su triunfo, obtenido contra sus vecinos de Versalles.

Por otra parte, París esperaba mucho más de la antigua popularidad de Ruggieri, que de la nueva reputación de Torre.

Por lo demás, el plan de Ruggieri, menos caprichoso y vago que el de su colega, revelaba intenciones pirotécnicas de un orden muy distinguido: la alegoría, reina de aquella época, estaba combinada con el estilo arquitectónico más gracioso; la armadura figuraba ese antiguo templo de Himeneo que entre los

franceses rivaliza en juventud con el templo de la Gloria; estaba sostenido por una columnata gigantesca y rodeado de un parapeto en cuyos ángulos se veían delfines que con la boca abierta sólo esperaban la señal para vomitar torrentes de llamas. Enfrente de los delfines se elevaban majestuosos y erguidos sobre sus urnas, el Loira, el Ródano, el Sena y el Rhin, ese río que nos empeñamos en hacer francés, á pesar de todo el mundo, y si hemos de creer á los cantos modernos de nuestros amigos los alemanes, á pesar de él mismo; todos cuatro, hablamos de los ríos, dispuestos á verter, en lugar de sus aguas, el fuego azul, blanco, verde y rosado en el momento en que debía inflamarse la columnata.

Otras piezas de artificio, que debían incendiarse al mismo tiempo, formarían gigantescas macetas de flores sobre el terrado del palacio de Himeneo.

En fin, sobre aquel mismo palacio, destinado á presentar tantas cosas diferentes, se elevaba una pirámide luminosa terminada por el globo del mundo; este globo, después de haber fulgurado sordamente, debía estallar como un trueno en una masa de girándulas de color.

En cuanto á la manga de cohetes voladores, reserva obligatoria y tan importante, que sin ella jamás juzga bien el parisiense de unos fuegos artificiales, Ruggieri la había separado del cuerpo de la máquina, y colocádola al lado del río delante de la estatua, en un bastión todo atacado de otros fuegos de artificio, de suerte que el golpe de vista debía ganar mucho en aquella elevación de tres ó cuatro toesas, que colocaba el pie de la manga sobre un pedestal.

Esos eran los detalles que absorbía la atención de París; hacía quince días que los parisienses veían con mucha admiración á Ruggieri y sus dependientes pa-

sando como unas sombras en los fúnebres resplandores de sus andamios y deteniéndose con gestos extraños para atar sus mechas y asegurar sus cebos.

Así que, el momento en que se llevaron las linternas á la plataforma del andamio, momento que indicaba la aproximación de los fuegos, produjo una viva sensación en el gentío, y retrocedieron algunas filas de los más intrépidos, lo cual causó una prolongada oscilación hasta los extremos de la muchedumbre.

Seguían llegando los coches y comenzaban á invadir la misma plaza. Los caballos apoyaban sus cabezas contra las espaldas de los últimos espectadores, que comenzaban á inquietarse con aquellos peligrosos vecinos. Bien pronto el gentío, cada vez más numeroso, se fué agolpando detrás de los coches, de tal manera que aun cuando éstos hubiesen querido retirarse, ya no podían por hallarse encajonados en aquella inundación compacta y tumultuosa. Entonces se vió, con esa audacia del parisiense á que nada iguala sino la longanidad del mismo parisiense que se deja invadir, se vió, decimos, á guardias franceses, obreros y lacayos subirse sobre las imperiales, como unos naufragos sobre rocas.

La iluminación de los baluartes derramaba á lo lejos su rojo resplandor sobre las cabezas de los millares de curiosos, en medio de los cuales la bayoneta de un arquero civil, brillante como el relámpago, aparecía tan rala como las espigas que quedan en pie en un campo acabado de segar.

En los costados de los edificios nuevos, hoy el hotel Crillon y el Guarda-Muebles de la Corona, los coches de los convidados, en cuyo centro no se había tomado la precaución de dejar libre el paso, habían formado tres hileras que se extendían por un lado desde el baluarte hasta las Tullerías, y por el otro desde el

baluarte hasta la calle de los Campos Elíseos, caracoleando como una culebra tres veces enroscada.

Á lo largo de aquella triple hilera de coches, se veían errar, como sombras por las orillas de la Estigia, aquellos de los convidados á quienes los coches de sus predecesores impedían llegar hasta la puerta principal, y que, aturdidos por el bullicio, temiendo pisar aquel suelo polvoroso, especialmente las mujeres muy peripuestas con vestidos y calzado de raso, tropezaban unos con otros, sirviendo de blanco á las mofas del pueblo que los zumbaba por su delicadez; y buscando un paso entre los coches y las patas de los caballos, se deslizaban como podían hasta el punto de su destino, punto tan ansiado como el puerto en una tempestad.

Uno de aquellos coches llegó á eso de las nueve (es decir, algunos minutos apenas antes de la hora señalada para principiar los fuegos artificiales), para abrirse paso á su vez hasta la puerta del gobernador. Pero esa pretensión, tan disputada hacía ya largo rato, era en aquel momento, si no imposible, á lo menos temeraria. Había ya comenzado á formarse una cuarta hilera de coches, reforzando las tres primeras, y los caballos que de ella hacían parte, atormentados por el gentío, habiéndose puesto furiosos, despedían á derecha é izquierda, á la menor irritación, coces que habían producido ya algunos accidentes que pasaron desapercibidos entre el bullicio y el gentío.

Agarrado á los resortes de aquel coche que acababa de abrirse paso por entre el gentío, marchaba un joven alejando de allí á todos los que pretendían apoderarse de aquel beneficio de una locomotiva que él parecía haber confiscado en su provecho.

Cuando se paró el coche, el joven se echó hacia un lado; pero sin soltar el resorte protector, al que siguió

agarrado con una mano; por consiguiente, pudo oír por entre la portezuela abierta la animada conversación de los que estaban dentro.

Asomóse á la portezuela una cabeza de mujer, vestida de blanco y peinada con algunas flores naturales, y al punto le gritó una voz:

— ¡Vamos, Andrea! ¡Qué lugareña eres! No te asomes de ese modo; porque, por Dios santo, que te expones á que te bese el primer ganapán que pase. ¡No ves que nuestro coche está en medio de este pueblo, como si estuviese en medio del río? Estamos en el agua, querida mía, y en el agua sucia; así procuremos no mojarnos.

La cabeza de la joven se retiró.

— Sí, pero desde aquí no se ve nada, dijo; si á lo menos pudiesen nuestros caballos dar una media vuelta, veríamos por la portezuela, y casi estaríamos tan bien aquí como á la ventana del gobernador.

— Vuelva usted, cochero, gritó el barón.

— Imposible, señor barón, respondió el cochero. Tendría que despachurrar diez personas.

— ¡Ira de Dios! ¡Qué hace eso? Despachúrrelas usted.

— ¡Por Dios, señor! exclamó Andrea.

— ¡Padre mío! dijo Felipe.

— ¡Quién es ese barón que quiere despachurrar á la pobre gente? gritaron algunas voces amenazadoras.

— ¡Pardiez! soy yo, dijo de Taverney asomándose á la portezuela, y mostrando una gran banda encarnada pasada por el hombro.

En aquel tiempo aun eran respetados los grandes cordones, aun los grandes cordones encarnados: murmuraron entre dientes, pero en una escala descendente.

— Aguardad, padre mío, voy á apearme, dijo Felipe, para ver si hay medio de pasar.

— Cuidado, hermano mío, te van á matar, ¡no oyes los relinchos de los caballos que se batan?

— Bien puedes decir los rugidos, repuso el barón. Vamos, vamos á apearnos; manda que se separen, Felipe, para que pasemos.

— ¡Ah! ya no conocéis á París, padre mío, respondió Felipe. Esos humos de señor eran buenos en otro tiempo; pero hoy quizá podrían venir muy mal; y supongo que no querréis comprometer vuestra dignidad.

— Sin embargo, cuando estos tunantes sepan quién soy...

— Padre mío, repuso sonriendo Felipe, aun cuando fueseis el Delfín en persona, no se incomodarian; les tengo mucho miedo, especialmente en este momento, porque he ahí que van á principiar los fuegos.

— Entonces no veremos nada, dijo Andrea con enojo.

— ¡Pardiez! tú tienes la culpa, porque has estado más de dos horas en el tocador.

— Hermano mío, ¡no podría cogermé de tu brazo y colocarme contigo en medio de la gente? preguntó Andrea.

— Sí, sí, señorita, dijeron muchas voces de hombres movidos por la hermosura de Andrea. Venid, no sois gruesa, y ya os haremos sitio.

— ¡Quieres ir, Andrea? le preguntó Felipe.

— Con mucho gusto, respondió la hermana, y se apeó ligera sin tocar en el estribo del coche.

— Id con Dios, dijo el barón, pero yo, que me río de los fuegos de artificio, me quedo aquí.

— Muy bien, quedaos, dijo Felipe: no nos alejaremos.

En efecto, la muchedumbre, siempre respetuosa, cuando no la irrita ninguna pasión, ante esa reina suprema que se llama belleza, hizo paso á Andrea y su hermano, y un buen vecino que ocupaba con su familia un banco de piedra, mandó á su mujer y á su hija estrecharse para dejar sitio á Andrea entre ellas.

Felipe se colocó á los pies de su hermana, la cual apoyó una de las manos sobre su hombro.

Gilberto los había seguido, y colocado á cuatro pasos de distancia, devoraba á Andrea con la vista.

— ¡ Estás bien, Andrea ? preguntó Felipe.

— Perfectamente, respondió su hermana.

— He ahí la ventaja de ser hermosa, dijo sonriendo el vizeconde.

— ¡ Sí, sí, hermosa, muy hermosa ! murmuró Gilberto.

Andrea oyó estas palabras ; pero creyendo que sin duda salían de la boca de alguno del pueblo, no hizo más caso de ellas que un dios de la India del homenaje que deposita á sus pies un pobre paria.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

XIX AÑO. 1885 MONTERREY, MEXICO

Los fuegos artificiales

Apenas se habían instalado Andrea y su hermano en el banco, serpentearon por las nubes dos cohetes, y se levantó un grande grito de la muchedumbre, fija desde entonces en el golpe de vista que iba á presentar el centro de la plaza.

El principio de los fuegos fué magnífico y digno en todo de la alta fama de Ruggieri. La decoración del templo se encendió progresivamente y presentó al punto una fachada de luces. Resonaron aplausos de todas partes, pero esos aplausos se convirtieron en bravos frenéticos así que de la boca de los delfines y las urnas de los ríos se lanzaron en chorros de llamas que cruzaban sus cascadas de fuegos de diferentes colores.

Andrea, transportada de asombro á la vista de ese espectáculo que no tiene equivalente en el mundo, el de una población de setecientas mil almas rugiendo de alegría á la vista de un palacio de llamas, no trataba siquiera de ocultar sus impresiones.

Á tres pasos de ella, ocultó tras las espaldas hercúleas de un mozo de cordel que levantaba en el aire á su hijo, Gilberto miraba á Andrea por ella, y á los fuegos artificiales porque ella los miraba.

Gilberto veía á Andrea de perfil ; cada cohete iluminaba aquel hermoso rostro y causaba un estremeci-

miento al joven ; pues se imaginaba que la admiración general nacía de aquella contemplación admirable, de aquella criatura divina á quien él idolatraba.

Andrea no había visto jamás á París, ni al gentío, ni los esplendores de una fiesta, y aquella multitud de revelaciones que venían á sitiar su alma, la aturdió.

De súbito estalló un vivo resplandor lanzándose diagonalmente y cuyos diversos fuegos causaban admiración á Andrea.

— ¡ Mira qué lindo es, Felipe ! dijo.

— ¡ Dios mío ! exclamó el joven inquieto sin responderle, muy mal dirigido ha sido ese último cohete ; seguramente se ha desviado de su dirección, porque en lugar de describir su parábola, ha partido casi horizontalmente.

Apenas acababa Felipe de manifestar una inquietud que comenzaba á hacerse sentir por las ondulaciones del gentío, cuando salió un torbellino de llamas del bastión en que estaban colocados el ramillete y la reserva de los fuegos artificiales. Resonaba en la plaza un ruido semejante al de cien truenos cruzándose en todas direcciones, y como si aquel fuego contuviese una metralla mortífera, puso en derrota á los curiosos más próximos que sintieron un instante abrasada su cara por aquella inesperada llama.

— ¡ El ramillete ! ¡ el ramillete ya ? gritaban los espectadores más cercanos. ¡ Todavía no ! ¡ Es demasiado pronto !

— ¡ Ya ? repitió Andrea. ¡ Oh ! sí, ¡ es demasiado pronto !

— No, dijo Felipe, no es el ramillete ; es un accidente que en un momento va á agitar como las olas de la mar á este numeroso gentío que ahora está sosegado.

— ¡ Oh ! déjame ver más, Felipe, ¡ es tan hermoso !

— Andrea, al contrario, no tenemos que perder un

instante ; sígueme. Es el accidente que yo me temía. Un cohete ha pegado fuego al bastión. Ya caen unos por encima de otros allá abajo. ¿ No oyes los gritos ? Esos no son gritos de alegría sino de socorro. ¡ Pronto, pronto, al coche !... Señores, déjenos ustedes pasar.

Y Felipe abrazando á su hermana por la cintura, la arrastró hacia donde estaba su padre, quien, inquieto por su parte y presintiendo, por los clamores que se oían, un peligro que no podía explicarse, pero cuya presencia le era evidente, asomaba la cabeza por la portezuela y buscaba con la vista á sus hijos.

Era ya demasiado tarde, pues se estaba realizando la predicción de Felipe. El ramillete, compuesto de quince mil cohetes, estaba estallando, volando en mil direcciones y persiguiendo á los curiosos como esos dardos de fuego que se lanzan en la arena á los toros para excitarlos al combate.

Los espectadores, al principio admirados y luego asustados, habían retrocedido con la fuerza de la irreflexión ante aquella retrogresión invencible de cien mil personas ; otras cien mil, sofocadas, habían comunicado el mismo movimiento á su retaguardia ; los andamios estaban ardiendo, los niños gritaban, las mujeres, sofocadas, levantaban al cielo los brazos ; los arqueros golpeaban á derecha é izquierda, creyendo hacer callar los gritos y restablecer el orden por medio de la violencia. Todas esas causas combinadas hicieron que la oleada de que hablaba Felipe cayese como una manga sobre el ángulo de la plaza que él ocupaba ; y en lugar de incorporarse al coche del barón, como quería, fué arrastrado por la corriente irresistible, de la que ninguna descripción podría dar una idea, porque las fuerzas individuales, duplicadas ya por el miedo y el dolor, se centuplicaban por la adjunción de las fuerzas generales.

En el momento en que Felipe se había llevado á Andrea, Gilberto se había dejado llevar en la oleada que los arrebató; pero al cabo de unos veinte pasos, una banda de fugitivos que volvía á la izquierda en la calle de la Magdalena, levantó en el aire á Gilberto, y lo arrebató rugiendo de ira al verse separado de Andrea.

Andrea, agarrada al brazo de su hermano, fué envuelta en un grupo que procuraba evitar el choque de una carroza tirada por dos caballos furiosos. Felipe lo vió venir á él rápido y amenazador; los caballos parecían arrojar fuego por los ojos y espuma por las narices; para evitar un choque hizo esfuerzos sobrehumanos, pero todo fué inútil. Vió abrirse el gentío á sus espaldas, percibió la cabeza humeante de dos caballos insensatos, viólos encabritarse como esos caballos de mármol que están á la entrada de las Tullerías, y, como el esclavo que trata de sujetarlos, soltando el brazo de Andrea y alejándola con cuanta fuerza pudo fuera de la vía peligrosa, se arrojó al freno del caballo que se hallaba de su lado; el caballo se levantó de manos, Andrea vió á su hermano caer, soltar el freno y desaparecer; lanzó un grito, extendió los brazos, fué rechazada, anduvo dando vueltas, y al cabo de un instante se halló sola, vacilante y arrebatada como una pluma por el viento, sin poder hacer la más leve resistencia á la fuerza que la arrastraba.

Gritos desesperados mucho más terribles que los de guerra, relinchos de caballos, un ruido espantoso de ruedas que tan pronto molían el empedrado como los cadáveres, el fuego lívido de los andamios que estaban ardiendo, el brillo siniestro de los sables desenvainados por algunos soldados furiosos, y además de este sangriento caos, la estatua de bronce iluminada de amarillentos reflejos y presidiendo á aquella matanza,

era mucho más de lo suficiente para turbar la razón de Andrea y quitarle todas sus fuerzas. Además, en semejante lucha, lucha de uno solo contra todos, y la muerte, hubieran sido impotentes las fuerzas de un Titán.

Andrea lanzó un grito desgarrador: un soldado se abrió paso por entre la gente dando tajos con su sable.

El sable había brillado sobre su cabeza.

Juntó las manos, como el naufrago cuando pasa la última ola sobre su cabeza, gritó: ¡ Dios mío! y cayó.

Cuando uno caía era muerto.

Pero aquel grito terrible, supremo, había sido oído, reconocido, y recogido por alguno: Gilberto, arrastrado lejos de Andrea, se había acercado á ella á fuerza de luchar; encorvado bajo la misma oleada en que se había ocultado Andrea, se levantó, saltó sobre aquel sable que maquinalmente había amenazado á Andrea, agarró por la garganta al soldado que iba á descargar el golpe y le derribó por tierra; cerca del soldado estaba tendida una joven vestida de blanco; la agarró y la levantó como la hubiera levantado un gigante.

Cuando sintió sobre su corazón aquella forma, aquella hermosura, aquel cadáver quizá, un rayo de orgullo iluminó su rostro: ¡ lo sublime de la situación, él! ¡ lo sublime de la fuerza y del valor! Lanzóse con su carga en la corriente de hombres, corriente que de seguro hubiera derribado una muralla. Aquel grupo le sostuvo, le levantó en el aire, y le arrastró á él y á la joven; de modo que Gilberto marchó ó más bien rodó así durante algunos minutos. De súbito, paróse el torrente como si se hubiera estrellado contra algún obstáculo. Los pies de Gilberto tocaron al suelo; sólo entonces sintió el peso de Andrea, levantó la cabeza para explicarse el obstáculo, y se vió á tres pasos del

Guarda-Muebles. Aquella masa de piedras había hecho añicos la masa de carne.

Durante este momento de ansioso alto, tuvo tiempo para contemplar á Andrea dormida en un sueño profundo como la muerte; su corazón no latía, los ojos estaban cerrados, la cara morada como una rosa blanca que se marchita.

Gilberto la creyó muerta. Á su vez lanzó un grito, apoyó sus labios primero sobre el vestido, después sobre la mano, luego, dándole atrevimiento la insensibilidad, devoró á besos aquel frío rostro, aquellos ojos hinchados bajo sus cerrados párpados. Se sonrojó, lloró, rugió, trató de hacer pasar su alma al pecho de Andrea, admirándose de que sus besos, capaces de animar el mármol, no tuviesen fuerza sobre aquel cadáver.

De súbito, Gilberto sintió el corazón latir bajo su mano.

— ¡Está salvada! exclamó viendo huir aquella turba negra y sangrienta, al oír las imprecaciones, los gritos, los suspiros, las agonías de las víctimas. ¡Está salvada! yo soy quien la ha salvado!

El desventurado, apoyada la espalda contra la pared y con la vista fija hacia el puente, no había mirado á su derecha; á su derecha delante de los coches detenidos largo tiempo por las masas, pero que, por último, menos oprimidos, comenzaban á moverse; á la derecha, delante de aquellos coches, que al punto comenzaron á galopar como si un vértigo general se hubiese apoderado de los cocheros y los caballos, huían veinte mil infelices mutilados, cayendo unos por encima de otros.

Instintivamente iban siguiendo á lo largo de las murallas, contra las que eran despachurrados los más próximos.

Aquella masa arrastraba ó ahogaba á todos los que, habiendo hecho pie cerca del Guarda-Muebles, se creían salvados del naufragio. Un nuevo diluvio de golpes, de cuerpos, de cadáveres, inundó á Gilberto; halló un nuevo apoyo en una de las verjas y se arrimó á él.

El peso de los fugitivos hizo rechinar la pared.

Gilberto, sofocado, se sintió á punto de soltar la presa, pero reuniendo todas sus fuerzas por un esfuerzo supremo, rodeó el cuerpo de Andrea con sus brazos, apoyando su cabeza contra el pecho de la joven. Hubiérase dicho que quería ahogar á aquella á quien protegía.

— ¡Adiós, adiós! murmuró mordiendo su vestido más bien que besándolo. ¡Adiós!

Luego levantó los ojos al cielo para implorarlo con una última mirada.

Entonces se presentó á su vista una visión extraña.

En pie sobre un recantón, con la mano derecha agarrada á una argolla sujeta á la pared, mientras con la izquierda parecía reunir un ejército de fugitivos, un hombre dirigía ora una palabra, ora un ademán, á aquella mar furiosa que pasaba á sus pies. Al oír aquella palabra, al ver aquel ademán, se veía entre el gentío á algún individuo aislado, deteniéndose, haciendo un esfuerzo, luchando, agarrándose para llegar hasta aquel hombre. Otros que habían llegado hasta él, parecían reconocer en los recién llegados á unos hermanos, y los ayudaban á salir de entre el gentío, los levantaban en el aire, los sostenían, los atraían á sí. De ese modo, ya se había reunido un grupo de hombres, que luchando juntos, semejante al pilar de un puente que divide el agua, había logrado dividir la

muchedumbre y tener en respeto á las masas de fugitivos.

À cada instante, venían á reunirse á aquel hombre nuevos luchadores que parecían salir de debajo tierra al oír las extrañas palabras que pronunciaba, al ver sus repetidos ademanes.

Gilberto se levantó haciendo un último esfuerzo; conocía que estaba allí su salvación, porque estaban allí la calma y la fuerza. Un último rayo de la llama de los andamios, reavivándose para morir, iluminó e rostro de aquel hombre. Gilberto lanzó un grito de sorpresa.

— ¡ Oh ! ¡ muera yo ! ¡ muera yo ! murmuró Gilberto. ¡ Pero que viva ella ! Este hombre tiene el poder de salvarla.

Y, en un impulso de abnegación sublime, levantando á la joven en sus brazos :

— ¡ Señor barón de Bálamo ! gritó. ¡ Salvad á la señorita Andrea de Taverney !

Bálamo oyó aquella voz que, como la de la Biblia, gritaba desde las profundidades de la muchedumbre; vió elevarse por encima de aquella oleada devoradora una forma blanca; saltó del recantón á tierra, gritando : ¡ Á mí ! Su acompañamiento echó por tierra cuanto le oponía algún obstáculo; y agarrando á Andrea, á quien sostenían aun los desfallecidos brazos de Gilberto, la sujetó, y, arrastrado por un movimiento de aquel gentío que él había cesado de contener, se la llevó sin tener tiempo para volver la cabeza.

Gilberto quiso articular una última palabra; quizá después de haber implorado la protección de aquel hombre extraño para Andrea, quería implorarla para sí mismo, pero sólo tuvo fuerzas para pegar sus labios al brazo colgando de la joven, y arrancar con su mano

crispada un pedazo del vestido de aquella nueva Eurídice que le arrancaba el infierno.

Después de aquel beso supremo, después de aquel último adiós, no le quedaba al joven más que morir; así no trató de luchar por más tiempo; cerró los ojos y cayó moribundo sobre un montón de cadáveres.